

tablecieron al Norte del lago de Pátzcuaro y de allí se ensancharon.

Los tarascos de la «Relación» y que en ella siempre se les llama *chichimecos*, tenían también los nombres de *Eneami*, *Tzacapurhireti*, *Vanacase* y *Vacúxecha* (Águilas); fueron ellos á quienes más tarde se les nombró *tarascos*, y el origen de esta denominación es el siguiente: Cuenta la «Relación» que cuando los españoles fueron á Tzintzuntzan, al regresar ellos á México pidieron al cazonci dos indias parientes suyas que llevaron consigo, «y por el camino juntábanse con ellas y llamaban los indios que iban con ellos á los españoles *tarascue*, que quiere decir en su lengua *yernos*, y de allí ellos después empezáronles á poner este nombre á los indios, y en lugar de llamarles *tarascue*, llamáronlos *tarascos*, el cual nombre tienen ahora y las mujeres *tarascas*.»

En la actualidad ellos se llaman á sí mismos *purhépecha* (plebeyos), sin darse cuenta de la significación de tal palabra.

III.

El único documento hasta hoy conocido que nos relata la primitiva historia de los *tarascos*, escrito entre 1570 á 1590 y citado frecuentemente en este escrito con el nombre de «*Relacion de Mechuan*,» nos presenta sin antecedente ni explicación alguna, en el lugar llamado hasta hoy *Naranjan*, situado á 6 ú 8 leguas de la costa Norte del lago de Pátzcuaro, tanto un reino ó señorío llamado de los *Ziranbanacha* como á una tribu nómada mandada por su caudillo nombrado *Hireticatame*. Este asentó sus reales en el monte *Viricuarápexo* cercano al pueblo de *Zacapotacanendan*. (Tzacapu hoy.)

Al cabo de algunos días de residencia en tal lugar envió este jefe una embajada al señor del pueblo dicho que se llamaba *Ziranzirancamaro*, avisándole su llegada al monte susodicho y que habiendo traído consigo á su dios *Curicaveri*, le había erigido un altar, ante el cual debería arder incesantemente el fuego sagrado, y para ello le pedía enviase él la leña.

Tal demanda envolvía una intimación y una amenaza; se le pedía la sujeción ó se le invitaba á la guerra.

El señor de *Naranjan* se sintió impotente para rechazar la agre-

sión, y dejando para oportunidad más propicia vengar tal agravio, convocó á sus guerreros y les dijo:

«Muy altamente ha sido engendrado *Curicaveri*, y con gran poder ha de conquistar la tierra. Aquí tenemos una hermana, llévdsela para que le haga mantas con que se abrigue y comida que le ofrezca así como á *Hireticatame*, quien traerá leña del monte para los fogones, y le recibirá el cincho, la estera y el hacha con que corta leña, pues de continuo anda por los montes invocando á los dioses *Angamucuracha* para hacer flechas para la caza. Tomarále el arco cuando venga de la caza, hará mantas y comida para su marido y se pondrá á dormir al lado de *Curicaveri* para apartarle el frío y hacerle de comer. Direis esto á *Hireticatame*, porque ha de conquistar la tierra *Curicaveri*.»—Partieron los mensajeros, y llegados delante de *Hireticatame* les preguntó:—¿A qué venís, hermanos?—Respondieron ellos:—Tus hermanos llamados *Ziranbanacha* nos envían á tí, y te traemos esta señora que es su hermana,—y le dieron la embajada. Respondió él:—Esto que dicen mis hermanos todo es muy bien; seais bien venidos.»

Tomó asiento entre ellos la hermana del Señor de *Naranjan* y entonces *Hireticatame* manifestó la aceptaba y tomaba, entendiendo que á *Curicaveri*, su dios, y no á él, hacían tal acatamiento, sin que ello obstara para que fuese su esposa y le hiciese mantas para «atajar el frío,» le diese de comer para tener fuerzas bastantes é «ir á los dioses de los montes llamados *Angamucuracha*,» terminando con ofrecerles de comer.

Concluida que fué la comida y habiendo ya antes ingresado la señora á la casa del jefe tarasco, los enviados pidieron permiso de retirarse, no sin que antes fuesen obsequiados con algunas mantas. Al despedirles *Hireticatame*, les dijo: «Decid á vuestros señores que mis guerreros andan siempre por los montes trayendo leña para los *cues*, que en cuanto á él, siempre se ocupa en hacer flechas y explorar el campo para buscar las ofrendas, ó como ellos decían, *dar de comer al sol, á los dioses celestes, á los de las cuatro partes del mundo y á la madre Cueraváperi*, con los venados que flechaban, tanto él como su gente. «Yo hago las salvas á los dioses (el sacrificio ú ofrenda), añadió, con vino (pulque); y después bebemos nosotros en su nombre. Sucede algunas veces que flechemos algunos venados cuando ya es tarde y así los dejamos por ser de noche, poniendo tan sólo una señal, que generalmente son unas matas atadas, para no perder el rastro y recogerlos á la mañana siguiente. Guardaos de tocar tales piezas, pues yo no las tomo para mí, sino para ofrenda de mis dioses. Hacedlo saber así

á todos, pues que si lo tomáis ó lleváis, tendremos serios disgustos y pendencias. Cuando encontrareis á alguna de esas piezas, cubridlas con ramas, y caso de que comiereis la carne, después de ofrecida á los dioses no llevéis los pellejos. Advertidos de todo esto podéis retiraros.»

Transcurrió así algún tiempo después de lo narrado, y al cabo de él aquella pareja procreó un hijo al que se le nombró *Sicuirancha*.

Poco tiempo después de ello flechó *Hireticatame*, en el monte *Viricuarapexo*, un venado que escapó herido, y sin perseguirlo aquél se limitó á señalar el rastro; fué en su busca al día siguiente, y después de mucho trabajo vió que la dicha pieza había venido á morir en una sementera llamada *Querécuaro*, situada muy cerca de *Tzacapu*; más no la encontró allí.

Sucedió que acercándose la fiesta de *Vapánsquaro* salieran las mujeres del pueblo á recoger mazorcas de maíz para celebrarla y dieron con el venado. Gran alboroto hicieron, yendo á contarle aquello á su casique *Ziramban* quien con todos sus servidores se trasladó al lugar dicho é hizo que lo condujesen á su casa.

Por unos *curitzes* (zopilotes) descubrió *Hireticatame* el lugar donde murió el venado, y siguiendo el rastro de la sangre llegó fácilmente hasta donde éste había sido transportado, llegando de improviso y presenciando el destrozo, que no metódica partición del venado, se ejecutaba. Reclamó desde luego y recordó la recomendación que tenía hecha, lamentando sobre manera que hubiesen desgarrado é inutilizado la piel, que como dijo, «ellos no la utilizaban sino que la *curtían* y arreglaban para envolver en ella á su dios *Curicaveri*.»

Respondiéronle algunos que no solamente él tenía flechas, sino ellos también, y que ellos habían matado al venado; replicó *Hireticatame* que eso no era cierto, pues él reconocía sus flechas por tales ó cuales circunstancias, y para probarlo sacó la que el venado tenía y lo demostró. Irritados los otros y sin tener que responderle, le dieron un empujón, arrojándole contra el suelo.

Indignado *Hireticatame*, que era un *Vacux*, (Águila), es decir un hombre valiente, sacó flechas de su aljaba, armó el arco é hirió á varios, tornando después á su casa.

Ansiosa le esperaba su mujer, y al verlo le saludó diciéndole: «seais bien venido, señor, padre de *Sicuirancha*.»

Contestó éste el saludo y añadió: «toma tu hato y vete á tu casa, deja á nuestro hijo que tengo de llevarlo conmigo, pues me quiero cambiar á *Zichaxúcuaro* con mi dios *Curicaveri*.» Respondió

ella: «por qué me tengo de ir, señor?» «Es necesario esto, contestó su marido, porque he flechado á tus hermanos.» «Por qué los flechaste; qué te hicieron?» contestó ella. «Porque se llevaron un venado que yo maté, no obstante la recomendación que les hice de que respetasen esas piezas de caza; ve, sube al trox y traeme á mi dios *Curicaveri*.»

«No quiero irme con mis hermanos sino contigo, replicó la mujer; cuando sea hombre *Sicuirancha* quizá me flechará con los míos.»

Accedió á esta solicitud el jefe tarasco, y sacando el arca donde se guardaba al dios, la echó sobre sus espaldas; la mujer tomó el hijo á cuestras, y seguidos ambos de su gente emprendieron el camino al lugar designado de antemano.

Al bajar de la montaña donde residían, llegaron al paraje nombrado *Querécuaro* y allí solicitó la mujer de *Hireticatame* recoger á su dios *Vasoriquare*, ó alguna reliquia que á él perteneciese. «Sea como dices, le contestó el caudillo; vé, que también ese dios es muy liberal y da de comer á los hombres.»

Se ejecutó aquello así, trayendo ella consigo no tan sólo una reliquia, sino al dios mismo. A su regreso le preguntó su marido si traía lo que quería; «sí, contestó ella, no sólo eso sino también al dios.» «Venga en buena hora, dijo el jefe: muy hermoso es; estén aquí juntos él y *Curicaveri*.»

Ambos dioses quedaron colocados en la arquilla y así llegaron á *Zichaxúcuaro*, donde los chichimecas hicieron sus casas y un templo.

Distaba *Zichaxúcuaro* algo más de tres leguas de la ciudad de Mehuacan ó *Tzintzuntzan*, y en consecuencia no estaba muy lejana la residencia de los tíos de *Sicuirancha*, el que era ya un robusto mancebo, un verdadero hombre.

Sus parientes maternos, no obstante el tiempo transcurrido, no olvidaban la ofensa recibida, esperando tan sólo la oportunidad de vengarla. Esta se presentaba con el decaimiento natural, por la edad, de la fuerza del viejo caudillo y las ausencias frecuentes del hijo, que pasaba su tiempo cazando en los bosques.

Tomaron un día los *Zirambanecha* un collar de oro y unos plumajes verdes y se los llevaron á *Oresta*, señor de *Cumachén*, para que él los presentase en nombre de ellos á su dios *Turesupeme*, y á la vez le pidieron su ayuda para marchar contra *Hireticatame* y los suyos.

La petición fué atendida y concertados ellos, formando un numeroso escuadrón: una mañana bien temprano se pusieron en una

celada junto á un manantial que estaba muy cercano á *Zichaxiúquaro*. Colocaron allí una señal de guerra que era un madero todo emplumado, para que lo viesen los contrarios y saliesen á pelear.

Muy de mañana salió la mujer de *Hireticatame* y se dirigió al citado manantial para traer un cántaro de agua; encontró desde luego allí á sus hermanos, quienes le dirigieron en su *lengua serrana* estas palabras: «¿eres tú por ventura la madre de *Sicuirancha*? Respondió ella: «yo soy; quienes soys vosotros?» «Nosotros somos tus hermanos,» le respondieron; «¿qué es de *Hireticatame* tu marido?» «En casa está, contestó, ¿por qué lo preguntáis?» «Venimos á pelear con él porque flechó á nuestros hermanos.» Al oír esto la mujer comenzó á llorar, tiró el cántaro allí mismo y fuese á su casa sollozando.

Preguntóle su marido la causa de su llanto y ésta le refirió cómo sus hermanos, los *Ziranbanecha*, unidos á los de *Cumachén*, venían sobre él, y la causa de ello. «Está bien, dijo éste, vengan y probarán mis flechas, las de pedernales negros llamados *hurespondi*, las de pedernales blancos, colorados y amarillos, y yo probaré las tuyas.»

Parece que el anciano jefe vivía separado ó distante de su pueblo, pues la *Relación* nos dice que sus cuñados cercaron su casa y taparon la puerta. Aquél intrépido anciano no se amedrentó, sino que sacó de una arca sus flechas y armando su arco con ellas las tiraba de dos en dos, sin errar tiro. Así flechó á muchos dejando muertos á un buen número de ellos, hasta que ya cercano el medio día se le agotaron las saetas, y entonces con su arco arremetió contra los restantes. Fué entonces cuando le tocó á él sucumbir, pues lo acribillaron sus contrarios, sacándolo de su casa después de muerto, lo arrastraron y pegaron fuego á la mansión.

Tomaron luego el arca de *Curicaveri* y se retiraron.

Viendo el humo del incendio acudió la mujer del difunto jefe y sacó su cadáver todo magullado y lleno de heridas de entre los demás muertos, y dando gritos de dolor, lloraba á su compañero.

Regresaba á la sazón de la cacería su hijo *Sicuirancha*, el cual al ver esto preguntó á su madre quiénes tal cosa habían hecho, y ella le respondió: «tus tíos y tu abuelo.»

Y de *Curicaveri*, ¿que han hecho? «tambien se lo llevan,» contestó ella.

El dolor y la indignación, aumentados con el robo sacrilego de su dios, enardecieron el ánimo de *Sicuirancha*, que sin medir el peligro corrió tras ellos dando voces.

Aconteció que los *Ziranbanecha* y sus aliados, envanecidos con su fácil victoria, se entregaron á la embriaguez, y entonces el dios que hurtaron, en castigo de la profanación, les envió una enfermedad de dolor de costado, entorpecimiento y correnca, cayendo todos en el suelo como embriagados.

Pudo fácilmente acabar con ellos *Sicuirancha*, y recobrando á su dios, que se encontraba dentro de su arca y al pie de una encina, lo restituyó al lugar de donde había sido robado.

Poco tiempo después cambió de residencia yéndose con toda su gente á *Vayámeo*, lugar situado en la margen septentrional de la laguna y á poca distancia de donde después se fundó el pueblo hospital de Santa Fe.

Ocupó *Sicuirancha* el lugar de su padre y parece que efectuó algunas conquistas, construyó templos, casas de papas y tributó el culto acostumbrado á sus dioses, teniendo siempre encendidas grandes fogatas ante sus altares.

Al cabo de los años murió y fué inhumado al pie del principal templo que edificó.

Un solo hijo llamado PAUÁCUME dejó el anterior, y le sucedió en el mando. Éste no cambió de residencia y murió en el mismo *Vayámeo*.

Su hijo VEÁPEANI le reemplazó y á éste CURÁTAMÉ, hijo de aquél: muriendo ambos en *Vayámeo*.

Parece que éste exploró algo más que sus antepasados las tierras comarcanas, puesto que conoció los sitios nombrados *Pumeo*, *Viricarán*, *Pechátaro*, *Hirámucu*, *Paréo*, *Chanqueyo*, *Itziparazicuyo* y *Curínguaró*.

Todos estos lugares distan poco de *Vayámeo*, y cuando aquí se reunieron todos los exploradores que por diversas direcciones habían salido, se dijeron unos á otros: «que era toda muy buena tierra y que allí habían de tener sus casas.»

Murió *Curátamé* en *Vayámeo*, y como queda dicho, fué inhumado al pie del *cué* ó templo principal, al lado de sus antepasados. Le sucedieron en el mando dos hijos varones que dejó, llamados VEÁPEANI y PAUÁCUME, siendo ambos los segundos de este mismo nombre que gobernaron á la tribu, aunque ocupando aquél el primer lugar.

En tiempo de su gobierno tenía ya la diosa *Xaratanga* un templo en *Tzintzuntzan*, á la que servían numerosos sacerdotes llamados *Vatarecha* y el señor de aquel lugar, nombrado *Tariyarán*.

La leña para el culto de la diosa la tomaban los mencionados sacerdotes del bosque *Amataho*, situado á poca distancia del

lugar que ocupó con el tiempo el pueblo de Santa Fe, y por lo mismo muy cerca de *Vayámeo*.

Estos frecuentes viajes de los sacerdotes de *Tzintzuntzan* fueron causa para que varias veces ellos llevasen leña, como ofrenda, á las aras del dios *Curicaveri*.

Como los tarascos ocurriesen también con frecuencia á un barrio de *Tzintzuntzan* llamado *Yauaro*, llevaban de paso ofrenda de leña al *cué* de *Xaratanga*, correspondiendo así los políticos dones de los otros. Con ese motivo ambos vecinos se encontraban frecuentemente en el camino.

Aconteció un día de tantos que *Tariyarán* y los sacerdotes de *Xaratanga* se excedieron en tomar *pulque*, celebrando una fiesta de esta diosa; en medio de la embriaguez tomaron de los frutos que, según el sentir de ellos, había esa deidad traído á la tierra y que estaban por lo mismo á ella dedicados.

Cogieron *chiles* colorados, verdes y amarillos y con ellos se hicieron unas guirnaldas como las que usaban los sacerdotes de la diosa; tomaron también *frijoles* colorados y negros, y formando sartaes con aquellos se los pusieron en las muñecas, simulando algún culto de ella.

Pacimbane y *Zucurave*, hermanos de *Tariyarán*, llevaron aun más adelante la profanación, pues tomaron granos de *maíz colorado* y *pinto*, con los cuales hicieron sartaes que, afirmándoselos en las muñecas, decían «eran otras cuentas de *Xaratanga*.» Ensartaron después granos de maíz blanco y otro entreverado y se lo colgaron al cuello, diciendo eran también sartaes de la misma diosa.

Indignada ésta por tales excesos y profanaciones hizo que arrojaran todo lo que habían comido y bebido, en medio de mortales ansias. Vueltos un poco á su natural razón dijeron á sus hermanas: «¿qué haremos? el vino no se nos ha quedado; muy mal nos sentimos. Id á pescar algunos pececillos para comer y así quitarnos la embriaguez.» Careciendo ellas de una red, tomaron una cesta y comenzaron á buscar los peces en la ribera, mas este fué trabajo vano, pues que la diosa *Xaratanga* los había escondido.

Después de haber trabajado mucho sin obtener fruto alguno, encontraron una culebra grande en el lugar llamado *Nucepepu* y con mucho gusto la tomaron y llevaron á su casa.

Fueron á verlas luego los *Vatarecha* de *Xaratanga* llamados *Quahuen* y *Camejen* y sus dos hermanos *Pacimbane* y *Zucurave*, diciéndoles: «seáis bien venidas, hermanas; traeis siquiera algunos pecesillos?»

Respondieron ellas: «no hemos pescado nada y no sabemos qué sea esto que traemos aquí.» «También esto es pescado, replicaron ellos, y se come; chamuscadla en el fuego, quitadle el pellejo y haced buena *camata* (atole): cortad en pedazos este pescado y echadlo en la olla y ponedlo al fuego y con ello nos quitaremos la embriaguez.»

Así se ejecutó, y como á medio día se sentaron todos á comer aquella culebra cocida con maíz. Al ponerse el sol empezaron á sentir ellos en todo el cuerpo un gran escozor y comenzaron á rasarse y á arañarse sintiendo y viendo que se iban transformando en culebras.

Hacia la media noche tenían ambos pies juntos, pues se les habían convertido en colas de culebras, por lo que llorando á lágrima viva y de color de culebras; permanecieron los cuatro dentro de la casa hasta por la mañana, en que salieron uno tras otro sumergiéndose en la laguna.

Caminaron con dirección á *Vayámeo* é iban haciendo grande espuma y oleaje, cuando los chichimecas *Hiyócan* les dieron grandes voces, obligándolos á retroceder hasta un montecillo cercano á *Tzintzuntzan* llamado *Tariacaheño* (Tariaqueri) á donde los cuatro se internaron.

Desde entonces se denominó á aquel lugar *Quahueyucha cequaro*.

A consecuencia de este prodigio, que fué interpretado por los tarascos *vacúxecha* y sus compañeros como un augurio feliz, un gran movimiento se operó en la tribu, trayendo como consecuencia el fraccionamiento de ella.

El jefe *Tarépecha chansori*, con sus adictos, tomó á su dios *Hurendecuavécara* y se radicó en *Curinguaro achurin*; el llamado *Ypinchuani* hizo igual cosa con su dios *Turépeme Xungápeti*, estableciéndose en *Pechátaro*; al cabo de algunos días siguió su ejemplo *Tarepupancuarán*, quien con su dios *Turépeme Turup-ten*, pobló á *Ilámuco* (Yramuco); *Mahicuri* hizo otro tanto, yéndose á *Pareo* con el dios *Turépeme Caheri*.

Advierte el cronista que todos los mencionados dioses eran hermanos de *Curicaveri* y que entonces y en ese lugar (*Vayámeo*) se dividieron «y quedó solo *Curicaveri*.»

Tenemos desde esta vez dividida la tribu tarasca ó chichimeca en cuatro fracciones: los *Vacúxecha*, los de *Tarépecha chansori* que más tarde se conocieron por de *Quiringuaro*, los de *Ipinchuani*, los de *Tarepupancuarán* ó de *Ilámuco* y los de *Mahicuri* ó *mahicuris*.

No hay datos para saber á cuál de estas cuatro agrupaciones hayan quedado agregados los *Hiyocan*.

Este movimiento se reflejó también entre los habitantes precursores de los tarascos en el lago, pues vemos que los sacerdotes *Cuinpurí* y *Huatamanacuaren* tomaron á *Xaratanga* y la llevaron á un lado de *Tariacaheño*, donde desaparecieron los hombres convertidos en culebras, luego á *Sipiáxo*, situado en rumbo opuesto y tras la laguna: en este lugar edificaron *cués*, un baño y un juego de pelota.

Permanecieron allí algunos años y al cabo de ellos la trasladaron á *Urichu*, después á *Viramangaru*, *Vacapu*, *Taziaran*, *Cuetzitzan*, y finalmente á *Harocotin*, lugares todos situados en la margen occidental del lago de Pátzcuaro.

Habiéndose quedado solos los tarascos *Vacúxecha*, abandonaron á *Vayámeo* y fueron á radicarse junto al peñol de *Capacuréo* y después emigraron á *Patamahua caraho*, en seguida á *Vasco*, *Zarauacuyo*, *Xenguarán* y *Honchécuaro*.

Desde este lugar salían á cazar los dos hermanos jefes de los *Vacúxecha*, tanto á *Aranaraunahcaroho*, como á *Echuen* y *Charimanqueo*, subiendo hasta *Viritzecuaren* y pasándose á *Xarami Chihuapo* y *Atupen*, siendo este último lugar una elevada montaña desde donde vieron á *Xarácuaro*, por otro nombre *Varútatén Hatsicurín*, ó sea un extenso islote que se elevaba en las límpidas aguas del lago y se destacaba sobre el espléndido horizonte del hermoso cielo michoacano, haciéndose notable entre las demás por el gran templo que tenía.

Contemplaban *Vedpeani* y *Pauácumé*, absortos y admirados, aquel hermoso espectáculo y el variado panorama que el lago, sus islas y las montañas les ofrecían, cuando alcanzaron á mirar á un hombre que pescaba con anzuelo en sitio muy cercano á la orilla de la laguna. Deslizándose ellos y su gente con precaución llegaron hasta muy cerca de éste, alcanzándole en el lugar llamado *Vari-chuhopotaruyo*, y le dijeron: «¿isleño, qué andas haciendo?»

«*Henditaré* (señor) ando pescando.»

«Ven á la orilla,» le contestaron; «no señor, respondió éste, no iré porque sois chichimecas y me flecharéis.» «No será así, replicaron, ven hasta nosotros sin desconfianza.»

Lograron los hermanos convencer al isleño y éste atracó su canoa á la orilla del lago; inmediatamente saltó á ella *Vedpeani* y vió que estaba llena de muchas clases de pescado, y preguntó al pescador qué era aquello. «Señor, respondió él, esto se llama *pescado*.» Tomó entonces el chichimeca en la mano uno de ellos pre-

guntando su nombre. «Ese que tomaste, dijo el pescador, se llama *hacumarani*, este otro *hurápeti* (blanco), ese *cuerepu*, aquél *thiro* y el otro *charari*; todas estas clases hay aquí y por eso pesco uno en el día con anzuelo y otro de noche con red.» «Y qué sabor tienen esos pescados,» interrogó *Vedpeani*; «los probarías, señor, si aquí hubiese modo de obtener lumbre,» aseveró el isleño. «Si esto es todo, dijo *Vedpeani*, busca leña, que nosotros los chichimecas sabemos sacar fuego donde quiera.»

Sacó éste luego fuego con un instrumento, ardió la leña y se formó una hoguera en la que comenzó el pescador á asar sus peces que iba dando á comer á los dos hermanos y la gente que les acompañaba.

«Buen sabor tiene, ciertamente;» dijeron ellos.

Traían éstos consigo una buena cantidad de caza, consistente en conejos, *cuiniques* (ardillas), codornices, palomas y otras aves. Sacaron de una de las redes un conejo y lo asaron, deshollándolo después y ofreciéndole de él al pescador. «Come de esto, le dijeron, á ver qué sabor tiene; esto es lo que nosotros buscamos.» «Buena es, afirmó aquél; esta sí que es verdadera comida, no como la de pescado que hasta pronto y hiede.»

«Nosotros, contestaron los chichimecas, hacemos un día flechas y otro vamos al campo á buscar las piezas; estas no las tomamos para nosotros sino para dar de comer con ellas al *Sol* y á los *dioses celestes enjendrados* y á los de las *cuatro partes del mundo*; nosotros comemos las sobras después de haber hecho *la salva* (ofrenda) á los dioses.» «Ahora, isleño, ¿cómo se llama aquel *cué* que aparece en aquella isla?» «Señores, respondió éste, la isla se llama *Varútatén hatsicurín* ó *Xarácuaro*.» «¿Y sus dioses?» dijeron aquéllos; «el principal, contestó éste, se llama *Acutze catápeme*, su hermana *Purnipe cuxáreti*, otro *Caroen*, *Miritixareni vari* (la señora *Miritixareni*), *Chuínquare*, y *Tangachurani*.» «Estos fueron, agregó *Vedpeani*, nuestros abuelos cuando venimos de camino; ya hemos encontrado parientes.»

Esta afirmación prueba el parentesco de los tarascos con algunos de los antiguos pobladores del lago, y lo puntualiza más que la similitud del idioma.

«¿Cómo se llama el señor de ahí?» añadió. «*Carícaten*, replicó el pescador;» y la otra isla, «¿qué nombre lleva?» «*Tiripitihonta*, *Váquipe hatsicurín* y *Pacándan*,» dijo el isleño. «¿Cuáles son sus dioses,» volvió á preguntar *Vedpeani*. «Son *Churitirípeme*, *Unazihirecha*, y su hermana *Camaváhperi*, y otros muchos.» «Y su señor, ¿cómo se llama?» «*Zuangua*,» dijo aquél. «Todos ellos son

abuelos de nuestro camino; somos parientes,» afirmaron los dos hermanos. «Así es,» ratificó el pescador. «Y tú cómo te llamas,» le preguntaron. «*Curiparan,*» respondió éste. «¿No tienes alguna hija?» «no señores.» «Si la tienes, le arguyeron, ¿porqué lo niegas?»

«Señores, respondió el interrogado, soy viejo y mi mujer es estéril.»

«¿Qué dices, isleño? hijos tienes; no lo decimos por lo que piensas, que no queremos mujeres para nosotros, lo decimos porque *Curicaveri* ha de conquistar esta tierra y tú pisarías por una parte la tierra y por la otra el agua, y nosotros lo mismo y moraremos juntamente tú y nosotros.» «Es verdad, señores, dijo entonces el pescador; yo tengo una hija aunque pequeña y fea.» «No hace nada de eso al caso, le dijeron ellos, sácala fuera y tráenosla; entre tanto subiremos al monte á hacer flechas mañana, y al subsecuente día aquí nos veremos: á nadie cuentas esto y tan sólo á tu mujer comunícalo.»

Se despidió el pescador y los chichimecas tomaron el camino del monte.

El siguiente día lo pasaron en la ocupación dicha, y al subsecuente muy temprano ya estaba el isleño en el lugar citado, acompañado de su hija.

LÁMINA 3.^a

(La pintura que ilustra este pasaje nos muestra una vista del lago de Pátzcuaro y en su centro la isla de Xarácuaro; en sus aguas está el isleño Caricaten con su instrumento de pesca y su remo en la mano; varios acuátiles nadan en el agua. Los chichimecas contemplan desde una altura el magnífico espectáculo del lago y parece se comunican sus impresiones. El vestido del isleño y el de los chichimecas es idéntico.)

Tardaron un poco en llegar los chichimecas y cuando descendían del monte, como no viesen bogar canoa alguna en el lago, creyeron no cumpliría su palabra *Curiparan*; temores que á su vez éste abrigaba, vista la tardanza de aquellos en llegar á la cita.

Así que ambos se encontraron se manifestaron sus mutuos temores, y explicada la dilación, recibieron los dos hermanos á la hija del pescador. Al llevársela consigo le dijeron á éste: «Si tus señores te preguntan por qué nos diste á tu hija, les dirás que nosotros te la quitamos un día, que pescando con ella, fué necesario saliese á las márgenes del lago á satisfacer una necesidad corpo-

LÁMINA III.

